
 LOS COMPADRES

Luis Muñoz

Campesino de Nemocon

INTRODUCCIÓN *

De lejos parecen ser personas muy silenciosas y cuando hablan lo hacen con una entonación diferente. Comienza un día hermoso en el que vamos a visitarlos y el humor es la disculpa más agradable para hacer alianzas. La señora va y viene del cuarto oscuro donde se encuentra el fogón, interviniendo a veces, con su presencia viva en la charla, aunque no lo parece. Un café, una taza de leche y roscones, un vaso de guarapo, una y otra vez. No sé como llamarlos; si cuenteros, poetas, hombres hablando. Los percibo como portadores de una Tradición Oral, compartiendo con nosotros sus pensamientos y creencias más profundos, en torno a todos los matices de su realidad social. En la Tradición Oral se piensa el mundo de una manera integral mientras la cotidianidad está cada vez más condicionada por un mundo segmentado y especializado. Los cuentos innumerables que conocen han sido escuchados y modificados por niños, hombres y mujeres de todas las edades. Cualquier actividad diaria es buena para contar.

Las noches en la caza de Luis son acogedoras, la señora Angelita prepara una sopa de maíz y tomamos hasta dos platos llenos para calentarnos. La única esperma que ilumina la penumbra de la conversación se consume poco a poco.

Los primeros días de mi visita sentí lo que llamaría miedos culturales, como mi obsesión por los insectos que imaginaba dentro de la casa, la cual se fue disipando en la medida en que afirmábamos nuestros lazos. Noches de tertulia, de diálogo, de cuentos. Generalmente Luis pasa esas horas escribiendo o leyendo, dedicado a su mayor afición que es la literatura, conversando con doña Angelita y escuchando cuando ella relata cuentos y anécdotas. Al joven escritor autodidacta lo cautivan las vivencias y fantasías humanas. Escribe sobre su gente y está interesado en las tradiciones literarias de la región. Trabaja como jornalero en fincas o haciendas, realizando varios oficios como la carpintería, la agricultura, la limpieza de los vallados, a pleno sol sabanero. Ante todo prefiere el arreglo de los vallados; a su abuelo lo contrataban frecuentemente para éste oficio y siempre usa el sombrero que heredó de él para el trabajo. No todos los días de la semana pude hacerse labor y en algunas ocasiones recibe como jornal menos del mínimo. Las fincas y haciendas son manejadas por los administradores que en la sabana se conocían hasta hace muy poco como capataces. Estos contratan a los braceros, los supervisan y les pagan los salarios diarios o semanales. La pequeña granja donde vive la familia produce algunos alimentos de cosecha para el autoconsumo como maíz, tubérculos,

* La presente introducción fue realizada por la Antropóloga Consuelo Vengoechea

pocas hortalizas y frutas, fríjoles, calabazas, habas y plantas medicinales, entre otros. Luis ayuda en algunas labores como traer leña para el fogón, dar comida a los animales y cuidar su mata de tabaco; entretanto, la señora Angelita se ocupa de la huerta y el jardín esmerándose en la alimentación de los animales.

Pasaron muchos días de visita y conversación para que una mujer relatara un cuento; solo después de sentir confianza se comparte éste tiempo lúdico. Logramos comprender entonces como el ambiente se va llenando de esa percepción imaginaria de su realidad, de la historia y del porvenir. Se establece entre nosotros una relación solidaria en la que intercambiamos relatos. Cada uno selecciona ciertas historias que prefiere recrear en la charla; unas se refieren a encantos que aparecen en el agua, otras a espantos, tratan de viajes al inframundo o de alianzas con el diablo, las hay también de hazañas quijotescas donde el campesino astuto aparece como héroe. Luis logra integrar las narraciones a su trabajo como escritor, perteneciente a un mundo rural nemoconense en el cual el recuerdo de la Historia está vivo en la memoria colectiva.

En el cuento Los Compadres, Luis expresa el sentir de los campesinos sobre las relaciones de parentesco. En ellas la desigualdad extrema entre los parientes por afinidad, permite al protagonista salir de la hacienda sabanera hacia el érebo, donde el tiempo se detiene. A su regreso se sorprende no solamente porque ya ha pasado un año sino también al darse cuenta de la transformación que tendrá su vida y la de su familia.

LOS COMPADRES

El compadre pobre salió a conseguir leña al monte para llevarla al pueblo a vender. Era el último recurso que le quedaba. Desde temprano, cuando su esposa se había ido a trabajar a la casa de su compadre rico, al oír a los niños llorando de hambre pidiéndole de comer, buscó por toda la casa sin encontrar nada. No había comida. Lleno de desesperación salió a conseguir que darles. Caminó varias horas por el camino triste y solitario donde solo encontraba tierra, árboles, piedras y agua, sol ardiente y viento suave. En todas partes veía hambre y miseria. Tan solo en la casa de su compadre resplandecía la riqueza. Tan solo allí la comida se dañaba que hasta los animales la repudiaban y acababa pudriéndose en los basureros. Tan solo él podía vivir en una casa abrigada, comer bien, dormir tranquilo, disfrutar de sus haciendas y sus casas deshabitadas y su dinero. Pero a él no podía acudir. Era tan tacaño, algo menos que su esposa, una mujer gordiflona, bajita, terrible. La odiaba por todo, hasta por el compadrazgo, por sus abusos. Hacía trabajar a su comadre pobre más de lo mandado, la explotaba como le daba la gana y si quería darle de comer le daba sin pensar en sus necesidades. "Es que mi comadre es muy jodida la vieja" solía decir cuando charlaba con los amigos.

Llevaba buen rato metido en el monte desgajando palos secos. Los acomodaba sobre un lazo extendido en el suelo húmedo. Vió de pronto venir a un hombre montado en un caballo atravesando tranquilamente los matorrales espesos. Fue deteniéndose poco a poco hasta pararse junto al compadre pobre. Le preguntó qué hacía, a donde iba. El otro, tan desesperado como estaba le contó todo. Aquel hombre de una voz solemne cuya figura se confundía con la bruma fantasmagórica de un extraño atardecer lo contemplaba impassible, sentado en su silla, casi no se veían sus zamarros ni el estribo, únicamente las espuelas lanzaban resplandores luminosos.

--Mira hombre --le dijo al compadre pobre--, súbete a mi caballo, siéntate con la cara hacia atrás, cierra los ojos y mientras vayas conmigo no mires para adelante. Pero antes tira esas cagarrutas, cuélgalas de una rama --se refería a los escapularios.

El compadre pobre se las quitó, las amarró a una rama y se acercó al hombre. Cuando estuvo subido en el caballo, bien agarradas sus manos a los bordes de la silla, los ojos cerrados, el jinete espoleó al caballo. La velocidad con que arrancó el caballo fue tremenda, como el impacto de un relámpago y durante todo el camino no disminuyó, ni en el paso de los anchurosos ríos, ni en las altas cercas, ni por entre los tupidos bosques ni en los montes espesos. Atravesó desiertos, valles, pueblos, regiones inhóspitas, a una velocidad fantástica. Al fin, al llegar a un lugar despoblado dejó allí al compadre pobre, tirado en el suelo, lleno de confusión. Las penumbras de una madrugada friolenta distorsionaban la visión de las cosas.

Se paró y empezó a caminar como un sonámbulo. Aún no veía nada, no encontraba nada. Después de unas horas de camino incierto llegó a una parte donde encontró a una mujer atizando leña junto a una inmensa olla que hervía sobre llamas doradas. Dentro se oía un hervor que se revolvía con rumor de noche de tormenta.

--¿Qué hace por aquí?-- le preguntó la mujer.

--Nada, solo estoy buscando el camino para volver a mi casa donde están mis hijos con hambre.

--Sí podrá hacerlo, pero antes, tendrá que rajar toda la leña que encuentre aquí: así debe hacer todo el que llega. Empezé ya.

Obedeciendo a la mujer comenzó a buscar la leña. Amanecía un día opaco, friolento. Ya se veía todo aquel lugar, una amplia pradera casi desértica. Pero no había leña. Únicamente encontraba por todas partes montones de huesos, largos, cortos, gruesos, anchos, planos. Tantos eran que probablemente existían más de mil montones. Y leña ni un solo tronco, ni una astilla, ni un chamizo.

--He buscado muchísimo rato la leña pero no la encuentro, solo veo huesos amontonados-- le dijo a la mujer de la olla.

--Es que aquí esa es la leña que utilizamos, vaya y rájela toda.

Se fue nuevamente dispuesto con todo entusiasmo a empezar su oficio. Cuando llegó al primer montón encontró otra dificultad. No tenía hacha. Entonces volvió donde la mujer.

--Coja una paleta de burro de cualquier arrume. Eso le servirá-- le dijo.

Fue así como el compadre pobre se puso con toda perseverancia y laboriosidad a "rajar la leña". Horas y horas, días y noches, sin comer ni dormir, ni parar un instante hasta perder la cuenta. Al acabar no supo si habían sido días, semanas o años, solamente recordaba que era mucho tiempo. Regresó a donde la mujer, seguía atizando leña y las llamas se balanceaban y la olla hervía.

--Muy bien, ahora pase la puerta, en el otro lado le dirán que debe hacer.

Cruzó una puerta muy ancha y muy alta que se abrió y se cerró en segundos. No caminó mucho. Cerca encontró a una mujer lindísima, sentada en un gran sillón metálico, tenía ojos de fuego y pies con pezuña de animal. Lo recibió muy amable, como si le impresionara su presencia, porque el compadre pobre era todavía muy joven y bastante simpático. Otra vez se volvió a preguntarle donde estaba y cómo volvería a su casa. Además, anegado de una tristeza desgarradora, le relató muy detalladamente su terrible situación y el hambre con que sus niños habían quedado en la casa. Parecía que la muchacha se conmovía, lo miraba con lástima. Sin embargo, allí las órdenes eran terminantes y no podían seguir en aquella actitud.

Antes que todo --le dijo--, tienes que ir a recoger todas las mulas que encuentres y meterlas en el corral.

El compadre pobre se fue a cumplir la orden. Pensativo, embelesado, recordaba a la muchacha, nunca jamás en ninguna otra parte vió una mujer tan hermosa como aquella. Qué cuerpo, qué cara y a pesar de sus grandes ojos de fuego y sus pezuñas de animal era más atractiva. No podía evitar las divagaciones de su mente. Pero por más que buscaba las mulas no las veía en ningún sitio, caminaba y caminaba sin encontrarlas. Solo veía mujeres, jóvenes y viejas, muy gordas unas y delgaditas las otras, altas y bajitas. También con grandes ojos de fuego y pezuñas en los pies. Unas estaban arrodilladas lavando ropa en la orilla de una quebrada, otras amasaban pan, otras caminaban con canastos, mochilas, costales, ollas. Rato después de búsqueda inútil, de preguntar y no oír respuesta alguna, volvió a donde la muchacha hermosa seguía sentada en su gran sillón.

--No encontré ninguna mula, apenas he visto mujeres en todas partes.

--Esas son aquí las mulas. A ellas tienes que recoger y llevar al corral. La puerta es esa grande que está al otro lado.

El compadre volvió al campo donde las mujeres seguían su oficio impasibles. Alzó un palo del suelo para imponerles respeto y les gritó: "Vamos mulas del diablo". su voz resonó autoritaria como un trueno en todo el ámbito. Todas fueron juntándose y comenzaron a caminar en manada por un caminito empedrado. De pronto vió llegar a otra. La había visto antes muchísimas veces. La recordaba. Era su comadre. Sintió mucha rabia, el rencor lo hacía olvidarse de todo "pase lo que pase no voy a perder ésta ocasión" se dijo. Alzó el palo y se lo descargó en la cara, a la altura de un ojo. Allí quedó tendida. Las demás ni se fijaron. Seguían su andar despacioso unas tras otras. Al llegar la primera se abrió la puerta. Entraron. Después se cerró, de la misma manera, cuando cruzó la última. Todas quedaron adentro.

La muchacha lo esperaba inquieta y pensativa. Este hombre la impresionaba tanto que ya no dudaba sentirse enamorada, sin esperanzas ni atracciones. Si se quedaba no tenía salvación, si se iba no lo vería más y si trataba de huir con él perecerían ambos. Quiso ser egoísta, no dejarlo ir, interceder ante su padre para que lo dejara vivir pero sabía que no serían muchos días. No lo quería por unos instantes. Lo quería para siempre y ésto no era posible. Entonces echó mano de un último recurso. Cuando él llegó ya lo tenía todo preparado.

--Ahora tienes que irte por éste caminito hasta llegar a una escalera, por ella debes subir. Pero como subirán contigo otros, mis hermanos, no debes subir antes que ellos. Te harán caer en una inmensa caldera que hay abajo. Entonces sube después de ellos. Llena éste costal de carbón. Encontrarás tres clases. No vayas a traer del grande porque son mis otros hermanos y no te dejarán. Tampoco cojas del pequeño porque son alimañas muy peligrosas. Trae del otro, el cisco del tercer depósito. Después te vas corriendo a todo lo que den tus piernas y aléjate lo suficiente hasta cuando ya estés muy lejos. No mires atrás, ni por nada intentes devolvete, oigas lo que oigas, sientas lo que sientas, si lo haces te van a traer aquí otra vez y ya nunca podrás salir. Allí te agachas, haces una cruz y la plantas en el suelo.

La muchacha lo despidió con mucho pesar. Aunque quería hacer algo más eso era lo único que podía. Sabía muy bien que del infierno pocos salen, menos posibilidades tenía ella, dada su condición. El compadre pobre la miraba de arriba abajo. Que mujer. El deseo le calentaba la sangre, le agitaba el corazón, le enturbiaba el cerebro. Hubiera querido arrojarse sobre ella, cogerla en sus brazos y amarla. No importaba la condena perpetua, ni la muerte ni el suplicio. Pero en la distancia un llanto

y una constante súplica “papá tengo hambre” le corrofa el alma. Quizá aún sus hijos seguían sin comer. Tal vez su esposa no llegaba del trabajo en la casa de su compadre rico. Tal vez ella estaría también sin comer. Eran tan tacaños que en muchas ocasiones ni las migajas le daban. Y ella, tan honrada y tan humilde ni siquiera se atrevía a coger ni a mirar nada en la cocina cuando se quedaba sola.

Lleno de temores y confusión se alejó por el camino. Cuantas veces tuvo que dominar la tentación de volver en busca de la hembra y cuanto dolor y tristeza le daba el recuerdo de sus hijos llorando de hambre por toda la casa, llamándolo y buscándolo sin saber qué hacer. Así iba pensando por aquel camino de soledades, donde ningún árbol vivo crecía en sus orillas, ni la hierba era verde. Solo piedras de color grisáceo yacían acomodadas unas cerca de otras sobre el suelo. Grandes troncos de árboles milenarios estaban tirados en el suelo, otros recargados en sus vecinos, los que todavía se sostenían firmes, cubiertos de lama pútrida cuyo olor pestilente trascendía por todos los rincones y penetraba hasta en los poros de las rocas.

Llegó por fin a donde estaba la escalera, tan alta que parecía sostenida por el espacio vacío. Vió entonces un tropel que se acercaba. Era el grupo de diablos, todos con figura humana, ojos de fuego, caras de pesadilla y pezuñas de animal. Se detuvieron al llegar a la escalera, pero al ver al compadre pobre alejarse, empezaron a subirse de uno en uno. Eran muchos. Cuando ya todos iban bien arriba tuvo una ocurrencia. Como la escalera se veía muy frágil le sería fácil moverla. Así lo hizo. La sacudió con violencia. Los diablos empezaron a caer en la inmensa pila de líquido candente, rodeada de grueso borde metálico. Se revolaban adoloridos, lanzaban espantosos gritos y por más que nadaban como renacuajos no lograban acercarse a la orilla. Al ver que la escalera parecía vacía, la sentía muy liviana, empezó a subir. Era tan frágil que parecía de juguete, tan inmaterial que parecía imaginaria, tan alta que parecía no tener fin. Subía y subía sin encontrar el último peldaño. Tantos eran que iba perdiendo la cuenta. De las horas, los días o las semanas tampoco le iba quedando noción alguna. Sólo subía y subía.

En algún momento indeterminado, sobre una altura infinita ya casi por la conciencia perdida de aquel viaje de ensueño vió la escalera apoyada contra un barranco rocoso, medio escondido entre vapores de niebla gris. Nuevamente sobre tierra firme contempló sin incredulidad ni asombro, aquella desolada región de tierras mustias, vegetación moribunda y piedras inmensas, más viejas que el universo, tan grandes como ningunas otras de cualquier lugar, incluso los caminos eran brechas sin vida, lugares raros que no llevaban a ningún destino, se diferenciaban apenas por sus orillas cercadas de tinieblas.

Los depósitos de carbón que buscaba no estaban lejos. Primero encontró el de las lajas muy grandes, casi del tamaño de las piedras que poblaban el suelo. A un lado estaba el otro depósito, el de las alimañas, eran como piedras lisas y redondas, recogidas durante milenios de entre los ríos. El otro depósito donde estaba el “cisco” o carbón triturado se hallaba en el fondo. El inmenso portón abierto. Adentro una pala medio enterrada en uno de los montones servía para echarlo en costales o carretas. El compadre pobre, tan constante siempre, echó el cisco entre el costal. Pesaba mucho, por eso no lo llenó, únicamente calculó cuanto podría cargar. Luego, con el costal en sus espaldas emprendió carrera a todo lo que su capacidad le permitía. Corrió y corrió sin parar por aquella tierra de desolación, esquivando los troncos viejos tirados en el suelo, bordeando las grandes piedras que parecían mansiones enormes, saltando los arroyos yertos, abriéndose paso entre los carrascales melancólicos, corría y corría sin mirar atrás. Ahora la música, sonora, hermosa, cuativadadora, atrayente, invadió toda la región, igual que el olor de la lama trascendía a través de rocas, niebla, árboles, se filtraba en los poros del cuerpo. Voces animadas de hombres y mujeres entusiasmados con el jolgorio, la fragancia procaz de deliciosos manjares, el olor de frescura y fiesta de las botellas de licor, la seducción como manos entusiastas convidándolo a la orgía. De nuevo el tiempo se volvía otro enigma que ya no descifraría,

otra nube inmensa de misterio y tinieblas vagando eternamente sin relación con nada de lo existente. Un océano de pesadillas revueltas.

Hasta que ya no pudo más y decidió poner en práctica su último recurso. Se agachó, cogió dos palos y los ató en forma de cruz. La enterró en el piso árido con mucho esfuerzo hasta que quedó erguida. Descansó unos momentos. Fue entonces cuando regresó lenta la calma. La música, los gritos, el jolgorio se volatilizaron como si el viento los alejara a territorios distantes. Anduvo unos pasos y miró atrás. No vio nada. Solo un campo muy extenso cubierto de vivo verdor y floridos colores de reluciente esplendor. Se encontraba en tierra conocida. Muy cerca estaban las haciendas de su compadre, con sus ganados y sus sementeras. Su casa no se hallaba muy lejos. Su pobre fachada se alcanzaba a divisar en la distancia. Apuró sus pasos.

No oyó a los niños llorar ni decir que tenían hambre al llegar. Todo estaba en silencio. Adentro su esposa los alimentaba y acostaba en sus modestas camas. Los arropaba para que durmieran felices. Fue grande su sorpresa al verle entrar por la puerta fatigado y pálido.

--¿Por dónde andaba mijo? Tanto tiempo esperando. Creí que le había pasado algo.

--Yo estuve en... --Tartamudeó y no logró decir más. Su memoria era un remolino de recuerdos confusos y cosas extrañas que no lograba poner en orden. ¿Y era que acaso todo aquello le había sucedido en verdad? Las palabras le salieron atropelladas para musitarle apenas que "había salido a buscar comida para los niños que lloraban de hambre".

--¿Y consiguió algo?

--No encontré nada. No pude.

--Pero entonces, ¿que cosa trae en ese costal?

La sorpresa volvió a confundirlo. Era verdad, traía un costal a la espalda, bastante pesado. Lo descargó sin pensarlo, de súbito. Un ruido metálico se oyó al caer al suelo. La mujer se agachó, lo abrió, miró a ver que contenía y alzó la cara con la boca abierta. Eran monedas de oro. Se veían vagos resplandores por entre los tejidos de fique. Ambos quedaron mudos de asombro, parados uno frente al otro en la habitación, sin decirse nada.

--¡Ay mijo! sabe que iba a contarle --dijo ella mucho rato después--, resulta que mi comadre se pegó un golpe en la cabeza y está tan mala de un ojo. Lo tiene todo negro, hinchado, casi no ve nada. La cabeza le duele mucho. Está en cama.

Algunas horas más tarde mandaron a la hija mayor a la casa del compadre rico a pedir prestada una cajeta de madera y a preguntar por la salud de la comadre. La niña no tardó en volver con el encargo. Traía noticias: la comadre seguía muy enferma, ahora caminaba como loca de un sitio a otro de la casa. El compadre pobre alcanzó a recordar algo, la visión recóndita de una mujer en la bruma sucumbiendo ante un leñazo. Los dos esposos se pusieron a pesar las monedas. Hicieron cuentas, pronósticos, cálculos. Era una fortuna apreciable, les alcanzaría para vivir holgadamente el resto de su vida. Al otro día muy de mañana mandaron a la niña a devolver la cajeta y a preguntar por la salud de la comadre enferma. El compadre rico en la soledad de la sala, sentado en un lujoso sillón respondió con amargura que seguía enferma. El compadre se despidió de la niña y se quedó mirándola alejarse, corroído por una duda, con la cajeta en la mano. En el camino la niña empezó a correr. "¿Qué estaría pensando mi compadre?" se preguntó pensativo, mirando con detenimiento la cajeta. Una reluciente

moneda que había quedado incrustada en una de las ranuras lo sacó de la duda. "Sí, mi compadre estaba pesando plata." Pero otro enigma le invadió sus pensamientos. "¿Pero de donde sacaría plata mi compadre? ¿De dónde? Esto tengo que preguntárselo". Y siguió parado junto a la ventana contemplando en silencio sus tierras. El sol resplandecía diáfano sobre los árboles y las flores. Las nubes andaban ausentes. El cielo era azul, inmenso, profundo.

Buen rato estuvo el compadre pobre pensativo. Saboreaba la venganza durante tanto tiempo esquiva, como el agua en tierra árida, como la riqueza de cuyo sabor aún conservaba una vaga sensación de amargura. Quiso verla, hablarle, asegurar la consumación de un hecho. Salió de la casa sin nada. Se internó en los predios de su compadre rico. Caía la tarde cuando llegó. Le contaron los criados que la señora se había tranquilizado un poco. Estaba en su habitación. El compadre se encontraba fuera hacía más de una hora. Sentada en una silla la mujer parecía dormida. Le dijeron que tenía visita y preguntó quién era. Al oír que se trataba de su compadre salió a la sala. Allí estaba, parado a pocos pasos de la puerta, firme, sereno, mirada de verdugo, manos de verdugo. Ella tenía el rostro sombrío, la mirada de uno de sus ojos atormentada, el otro lo cubría casi totalmente un gran moretón.

--Compadre --le dijo-- qué milagro que haya venido. Usted si fue como si hubiera salido en destierro de nuestra casa. Cuanto tiempo sin venir.

El hombre apenas si le respondió el cumplido. Hubo unos momentos de silencio, se miraron. La huella del palo se notaba intacta a pesar de la hinchazón: frente, ojo, contorno de la mejilla. Si otra vez alzaba el palo y se lo estrellaba caería otra vez sobre el piso, ya no como la mujer gordiflona, esposa de su avariento compadre sino igual que un zurrón de podredumbre. Sonrió.

--Comadre, yo la ví a usted en los infiernos amasando pan.

--Hoy como está de bromista mi compadre.

--No, comadre se equivoca, lo que le digo es cierto, usted ya está muerta, y en los infiernos amasa pan, yo mismo le pegué el leñazo en la cara cuando iba con las otras mulas.

Y salió de la casa sin agregar más. La comadre se removió inquieta.

--¿Entonces mi destino es amasar pan en el infierno? --Volvió a caminar de un sitio a otro de la casa, la respiración agitada, su corazón dando brincos. No supo en qué momento regresó el marido ni lo oyó haciendo intentos para que retornara a la cama. Ni siquiera recibió la comida ni los medicamentos. "Ya no vivo, estoy en los infiernos" repitió varias veces.

--Ayúdenla a calmar a ver si puede dormir un rato. Yo me voy a acostar. Estoy cansado de andar todo el día --ordenó el compadre rico a los empleados.

La mujer trató de calmarse en algún momento, así lo creían las muchachas. Unos minutos estuvo sentada en una silla de la sala, frente a otra silla donde muchas veces encaró el odio agazapado de su compadre pobre. Parecía oírlo, y todavía, en lo más recóndito de su espíritu trataba de rechazar vagamente todo cuanto había dicho. Sin embargo, el abismo de tinieblas ya era tan inmenso que cualquier tentativa carecía de la más insignificante posibilidad.

--Váyanse a dormir muchachos, no ven que está muy tarde y mañana deben levantarse temprano. Ya estoy bien. Lo que pasa es que no puedo dormir, no tengo ganas. Tal vez después me de sueño. Váyanse a dormir --les dijo.

Quedó sola y pensativa, anonadada por la indecisión y el tormento de la incertidumbre. Se levantó, abrió la puerta. Salió por un corredor. Llegó a la cocina donde los demás empleados amasaban el pan y lo horneaban. Se elaboraba más pan del que alcanzaban a comerse, que después, ya tieso como piedra desataban en lavaza para mazamorra de los perros y los cerdos.

--Vayan a descansar por hoy muchachos. Yo pienso terminar el oficio. Cierren la puerta cuando salgan. En el corredor todos se miraron incrédulos.

--Esto si es raro, nos manda a descansar a ésta hora y hay veces que ni nos deja salir a almorzar.

La comadre dejó pasar diez minutos. Toda la casa quedó en silencio. Ya nadie estaba despierto. Afuera la noche oscura, tranquila, sin muchas estrellas transcurría como un río de aguas despaciosas. La mujer abrió las puertas del horno y lenta, resignadamente, se metió de cabeza.

BIBLIOGRAFIA

Bidou, Patrice. "Le Mythe: Une Machiné á Traiter L'histoire" En: Revista *L'homme* 100 Oct-Déc. 1986, XXVI (4) pp. 65-89.